La Nueva Universidad

Notable discurso del Sr. Secretario de Educación Pública Licenciado Don Luis D. Tinoco Castro

Se celebró ayer la asamblea universitaria de la Universidad de Costa Rica para resolver la creación de la Escuela de Ciencias Económicas y Sociales, con la asistencia como de setenta personas entre miembros de la juntas directivas y profesores. Por mayoría se acordó la creación de la nueva escuela universitaria. El Presidente de la asamblea, nuestro distinguido amigo Licenciado don Luis Demetrio Tinoco Castro, Secretario de Educación Pública, pronunció un importante discurso en relación con el asunto, que reconstruído por La Tribuna, es el siguiente:

"Como miembro de esta asamblea universitaria y por haber sido uno de los propulsores de la idea de crear la Escuela de Ciencias Económicas y Sociales, quiero exponer las razones que nos han inducido a un grupo de compañeros y a mi a considerar que es necesaria la existencia de dicho centro de estudios en nuestra Universidad. Pero antes quiero manifestar mi complacencia por el hecho de que nos encontremos hoy reunidos aquí profesores de la Universidad y miembros distinguidos de las asociaciones de egresados para considerar con el Rector y el Secretario de aquélla acerca de un asunto de trascendencia para la vida de nuestra Institución. La ley creadora de la Universidad señala a la asamblea tres funciones primordiales: elegir rector y secretario, administrar el patrimonio universitario y resolver sobre la creación de nuevas escuelas, es decir, sobre la ampliación de la propia asamblea. Este último motivo nos reúne hoy y es de aplaudir la presencia de tan selecto grupo de asambleistas aunque sintamos la ausencia de los demás. Resumiré mis palabras tanto como pueda sin perjudicar la exposición que creo necesario hacer en defensa de nuestra tesis sobre creación de la nueva Facultad. Considero que la Universidad nuestra no puede cifrar sus aspiraciones dentro del marco estrecho de las universidades medioevales que consideraban reducida su misión a trasmitir a generaciones futuras el acerbo cultural que habían recibido del pasado, ni creo que pueda cifrar su propósito en formar profesionales como lo hacían las universidades del siglo XIX. Pienso que la Universidad de Costa Rica, como toda universidad moderna, debe despertar inquietudes y afanes investigadores, propiciar su desenvolvimiento y sobre todo, marchar de acuerdo con las necesidades cambiantes de los tiempos nuevos. Y al contemplar el panorama actual de la República y tender la mirada hacia el pasado, creo que estamos viviendo una revolución económica y social de la cual quizá no nos damos cuenta porque nos falta la visión de la perspectiva que sólo el transcurrir del tiempo puede ofrecer. Ya no vive nuestra patria aquella época económica que sucedió a la conquista de nuestro territorio por los españoles, cuando el cultivo del maíz y del trigo y el desarrollo de la ganadería eran las únicas actividades de los habitantes del país; ni aquella otra que se inició con las siembras del cacao en el valle de Matina; ni

siquiera la que comenzó al extenderse el cultivo del café por la meseta central a impulsos de las medidas protectoras de don Tomás de Acosta y don Braulio Carrillo. Estamos en una nueva era social y económica: en la económica, la era de la industrialización del país y la diversificación de sus cultivos agrícolas; en la social la era del sindicalismo organizado. Hoy no representa el café, a pesar de los cuarenta millones que significa en dinero su venta en el exterior, el mayor volumen de las cosechas agrícolas del país que quizá exceden en precio de ciento veinte millones de colones anuales, ni mucho menos la mayor fuente de ingresos de los costarricenses, pues no creo estar alejado de la realidad cuando calculo en doscientos millones de colones la renta nacional del país, es decir, la suma de los ingresos anuales de cada uno de los costarricenses. Industrias nuevas surgen a cada paso. Ayer fué la fábrica de aceites vegetales, después la de bolsas de papel, más tarde la de objetos de cristal, en seguida la de fabricación de harina y luego seguirán la de cemento y las de otros varios artículos, sin hacer mención de las industrias de fósforos y otros mil artículos diversos que ya existían y se han desarrollado enormemente en los últimos tiempos. Problemas nuevos de múltiples facetas han surgido como proyección de esta nueva etapa en el desarrollo económico del país. La sociedad heril de que hablan los sociólogos cristianos, aquella en que el patrono consideraba como parte casi de su familia a quienes trabajan para él y sentía con ellos sus angustias y sus penas, sus dolores y sus tristezas, ya va desapareciendo como consecuencia de las situaciones nuevas que crea el industrialismo. Problemas inexistentes se plantean a nuestros ojos. El obrero que hoy se ve expuesto a los accidentes que la máquina puede ocasionarle y al desamparo que ello significa para su familia, pide con razón al Estado que lo proteja en las horas duras en que su familia se ve privada del pan que podría llevar al hogar. El trabajador que mira ante sí el panorama doloroso de sus años de vejez, cuando no pueda ofrecer la fuerza de sus brazos para obtener el sustento de su vida, pide al Estado con justicia que provea a las necesidades suyas y de los suyos, en esas horas en que las fuerzas le faltan. Se crean así la legislación de accidentes del trabajo y las leyes de seguro social. Piensa el obrero que no puede luchar por sí sólo contra lo que considera injusticia del patrón y forma asociaciones de trabajadores; y el patrono que se ve amenazado por lo que llama abusos del obrerismo, constituye asociaciones de industriales. El agricultor que no encuentra medios para hacer sus siembras en los momentos oportunos acude al Estado, para que le procure esos medios. Las necesidades fiscales aumentan y el ciudadano reclama al Estado que las nuevas leyes tributarias graven más a quien tiene para lograr con ello una mayor justicia tributaria, corrigiendo las injusticias que la imposición indirecta por sí sola establece en las naciones. Surgen de esa manera oficinas de tributación directa que requieren como aquéllas otras instituciones, personal técnico y preparado, que conozca a fondo las razones que fundamentan las leyes nuevas, sus repercusiones en la economía nacional y su influencia en la configuración social del país. Técnicos y hombres de conocimientos amplios en los problemas nuevos requiere la República. Creemos que la Universidad debe ofrecerlos al país preparándolos en sus escuelas especializadas; y si tendemos la mirada hacia el Norte y hacia el Sur entramos apoyo a nuestro criterio en las universidades modernas,

pues todas ellas, casi sin excepción, tienen establecida la facultad de Ciencias Económicas y Sociales, sea con ese nombre o con cualquiera otro similar. Así Guatemala, Panamá, San Marcos de Lima, Chile, Buenos Aires, Bogotá, para citar unas pocas entre las muchas universidades hispanoamericanas. Los problemas económicos que su creación implicará para la Universidad, no nos hacen desistir de nuestra idea porque consideramos que nuestro deber como miembros de la asamblea consiste en señalar a los Poderes Públicos lo que consideramos necesario para el país y su cultura, reservando a esos Poderes la resolución sobre la manera de satisfacer esas necesidades. Y creemos que en este caso no nos faltará el apoyo de esos Poderes porque ambos aprobaron y ratificaron la resolución de la Conferencia de Ministros de Educación de Centro América, que recomendó el establecimiento de esa clase de escuelas en los países del Istmo. En esas razones nos apoyamos para solicitar de la Asamblea un voto favorable a la creación de la escuela que proponemos."

("La Tribuna", 7 de marzo de 1943).

El gobernante y el hombre

Por el Dr. Don Rafael A. Calderón Guardia

visto por el crítico J. Francisco Villalobos Rojas

Se destaca en el opúsculo, *"El Gobernante y el Hombre"*, por encima del Gobernante, el hombre. Pero el hombre que medita y sabe, más aún: el hombre de visión creadora. Muévelo en su idea un sentimiento salvador. Cree en el hombre para estar con él, para salvarlo: en el hombre humilde: en el hombre que necesita. Sabe que la Patria se hace regenerándola. Piensa en las clases como detalles de un motivo. No las excluye ni prescinde siquiera de la más humilde porque el motivo desaparecería. El motivo es la sociedad. No existe sociedad sin clases. Ese es uno de los aspectos de su clara visión. Las clases, no en la forma disociadora y destructora de Marx. No el odio recíproco que engendra la venganza en la lucha de clases. Sí el amor que santifica toda acción creadora. Y para esto, hacer lo que dice el mismo autor del *"Gobernante y el Hombre"*:

—"Elevar la condición económica, moral y cultural de las clases trabajadoras."

Y como dice más adelante:

—"Y he sentido, oyendo sus voces y escuchando sus quejas, que sus dolores y sus miserias no pueden sernos indiferentes, porque el descontento, la miseria, la carencia de estímulos personales, las desigualdades económicas no deben subsistir en una democracia bien organizada. La pobreza, como fenómeno eminentemente social, no ha de hacerse a un lado; y debemos evitar que la injusticia agrave el conflicto existente entre los que todo lo tienen y los que de todo carecen."